

RECUERDOS CON HISTORIA, 147

LA DIRECCIÓN DE LAS HISTÓRICAS FÁBRICAS DE ARMAS BLANCAS DE ESPAÑA Y FRANCIA

(Estudio comparativo)

Por Vicente Navarro

La historia de España y Francia, países fronterizos a través de los siglos, ha corrido paralela en infinitas ocasiones. Esta vez me agradaría establecer también una correlación paralela en cuanto se refiere a la organización y dirección de sus respectivas y más famosas fábricas de armas blancas de los siglos XVIII y XIX.

Me estoy refiriendo a la **Real Fábrica de Armas Blancas de Toledo** por parte española y a las **Manufacturas de Klingenthal y Châtellerault** por parte francesa ciñéndome, lógicamente, a las más importantes y conocidas dentro del ramo de las armas de punta y corte llamadas blancas a partir del siglo XVIII.

LA ORGANIZACIÓN ESPAÑOLA

Ese es asunto que suele ser bastante conocido entre los interesados en el tema. Tanto el origen de la gran empresa, llamada genéricamente **Fábrica de Toledo**, como su organización y evolución y la alta calidad de sus productos.

Con todo y ser mucha, nunca andaba suficiente, en el siglo XVII y comienzos del XVIII, la producción de espadas que, forjadas en talleres y empresas particulares de Toledo, Valencia, Vizcaya, Madrid, Catalunya... se suministraban a los ejércitos reales. Los clientes particulares con potestad y autorización para el porte de armas blancas, precisaban y exigían calidad, pero el Reino de

España y, por supuesto, sus extensas colonias y sus fuerzas armadas de tierra y mar necesitaban, además de calidad, cantidad. Y ése era el problema.

Los talleres de espaderos, agremiados correctamente pero generalmente familiares, pequeños, escasos de personal y desconectados, no podían dar abasto a las exigencias estatales. En la ciudad toledana estos espaderos forjaban y vendían espadas, alabardas, picas, cuchillos, dagas, lanzas y todo lo que fuere menester en esos asuntos. Toledo, se dice, hervía de clientes, fuesen al “detall” fuesen, algunos, solicitantes de cantidades mayores aunque relativamente modestas. Los *señores maestros espaderos* (*maestros* se hacían llamar, en el siglo XVIII, todos los trabajadores manuales del oficio que fuere y siempre precedido de la palabra *señor*) tal fue su fama por la alta calidad de su producción, llegaron a obtener de los Monarcas algunas prerrogativas y dispensas que no se concedían fácilmente a otros gremios.

A pesar de todo y contando con la mejor buena voluntad de todos aquellos más o menos modestos forjadores de Toledo y de otras provincias, verdaderos artistas en su arte del forjado y temple del acero, no podía ser su fuerte, evidentemente, la producción de grandes cantidades servidas según rigurosos contratos (llamados en la época asientos) y bajo severas normas de entrega en plazos concretos y estrictos. Cabe indicar al respecto, por ser justos, que don Ricard Martí, con mucha documentación leída y trabajada, explica en su magnífico libro **“Cataluña Armería de los Bobones”**, página 63, que los espaderos (se refiere sólo a los catalanes) sí trabajaban importantes cantidades de armas blancas a tenor de los “asientos” firmados. Pero, curiosamente, el amigo Martí, muy

prudente como buen investigador, no emplea la palabra **suministradas** (indicativo de hechas y entregadas) sino sólo **encargadas** lo que, en principio no indicaría, necesariamente, que se acabaran forjando y entregando en su totalidad y a su debido tiempo. Reconozco que, de entrada, esto me sorprendió, aunque, acto seguido, el autor aclara conceptos escribiendo en la página 221, que *“por haber participado, entre 1714 y 1794, en asientos y contratos con la administración militar borbónica, hubo asentistas que hicieron grandes fortunas”*, de lo que se puede deducir, con toda lógica, que sí se suministraban las armas pues de lo contrario no habrían cobrado ni medio real.

Todo eso, por si fuera poco, lo confirmó en el siglo XVIII, don José Cadalso en sus “Cartas Marruecas”, concretamente en la carta XXVI donde dice: *“Los catalanes son industriosos. Manufacturas, pescas, navegación, comercio, asientos.../...fundición de cañones, fábrica de armas, vestuario y montura para ejército, conducción de artillería, municiones y víveres.../...todo esto sale de Cataluña”*

Casi nada para la época.

Sea lo que fuere, el Rey, vigilante desde la capital de sus Reinos, tenía más que claro que en lo tocante a las armas blancas se imponía una solución drástica, cara pero drástica, sinónimo de contundente y definitiva, que solucionara el asunto para aquel presente inmediato (siglo XVIII) y para todo el futuro venidero que fuere menester perdurando en el tiempo (perdón por si se me escapa algún pleonismo) indefinidamente.

Al final, el rey Carlos III (1759-1788), en una de sus decisiones de genio, fundó la **Fábrica** reuniendo en Toledo, a orillas del Tajo, todos los maestros forjadores que componían el Gremio de Espaderos con gran alegría de éstos como es de suponer.

Muy bien, ya está, ya tenemos una **Fábrica** enorme, con grandes espacios, almacenes, talleres para forja, temple, revenido, pulido, etc. etc. Ahora bien, ¿quién la dirigirá? ¿Algún gran especialista en quien depositar tan difícil cometido? ¿No? ¿Algún voluntario? ¿Tampoco? Vaya, dijo el Rey, ya empezamos con los problemas. Alguien, empero, le susurró al oído que en Valencia había un maestro espadero de lo mejorcito pero que... vamos, que el pobre era ya septuagenario, es decir, anciano entre los veteranos.

Para septuagenarios estaba el Rey. ¡Que venga este valenciano y empiece a organizar cosas que necesitamos producción de la buena y rápida! De esta manera fue como don Luís Calisto, abuelete de 70 tacos de calendario que nunca había viajado más allá de legua y media de su terruño, pero muy experto en armas blancas y, parece, en organizar talleres, subió al carromato con sus bártulos de trabajo (a real de vellón pagó el pobre espadero por cada libra que pesaban sus cofres, cajones y fardos) y, traqueteando con el tiro de mulas por aquellos caminos de Dios, durmiendo en posadas llenas de piojos repulsivos, donde puertas y ventanas no cerraban ni por casualidad, llegó a Toledo, como pudo, cuatro días después. O sea, maltrecho y con los huesos hechos polvo, pero feliz de que solo los hubieran asaltado una vez los forajidos y dos los contrabandistas.

En fin, al final éxito completo. El abuelete era un artista y se reveló buen organizador. Puso en marcha los primeros talleres de la **Fábrica** y abrió las puertas a todos aquellos paisanos suyos que, excelsos espaderos también, quisieron trasladarse a Toledo, al fin y al cabo allí tenían el trabajo y el jornal asegurados.

Mas, apenas transcurridos unos años, la primitiva **Fábrica** se quedó pequeña para las necesidades militares siempre en constante aumento. Había que ampliar y mucho. Y el abuelillo Luís ya no estaba para estos trotes.

Se llamó a un afamado arquitecto de apellido Sabatini, apellido que siempre tiene empaque para cosas de arquitecturas (además de llamarse Sabatini era palermitano por si alguien dudaba de su origen), se llamó también al contratista de obras necesario, se reclutaron los operarios adecuados y se armó la de San Quintín, pero las obras de ampliación acabaron en 1782 y el resultado fue espectacular.

Eso era una **Fábrica** y no los mil y un tallercitos de antes. Y ahora, ¿quién la dirigirá? ¿Quién hay con capacidad de gestión y organización? ¿Llamamos voluntarios? Hubo uno, ingeniero de profesión, llamado Antonio Gilmón que dirigió bien, pero que sólo estuvo un año en el puesto. ¿Y ahora qué? Pues ahora nada de voluntarios ni paisanos ni ingenieros civiles. Carlos III tenía las ideas claras y el ánimo resuelto. Dirigirá la **Fábrica** el “**Cuerpo de Artillería de mis Reales Ejércitos**” y no se hable más.

¡Caray! Lo nunca visto en Las Españas. Fábrica de lujo y dirección de lujo. No cabía mayor esplendidez.

Fue su primer director militar el teniente coronel artillero don Luís de Urbina que lo hizo de maravilla. Le siguió don Lorenzo de la Plana, otro artillero capaz y decidido. Su trabajo consistía en organizar la totalidad de los cometidos: suministros, producción, control de la fuerza motriz indispensable para los trabajos, comercialización, distribución, administración, contratos con el exterior, horarios, mantenimiento de edificios, contratación de personal, control de calidad de la producción...

En una palabra: todo. Hasta la desaparición de la **Fábrica** en 1980, llamada por aquel entonces **Fábrica de Toledo** o **Fábrica Nacional de Toledo**, la dirección, en todas sus diversas facetas, corrió siempre a cargo del Arma de Artillería.

No hace falta incidir demasiado en una cosa que resultó evidente. Desde el mismo momento de su creación y organización los obreros estuvieron encantados. Tenían trabajo a espuestas y, demás, asegurado. Asegurado por las grandes necesidades de armas blancas que tenía el Reino debido a los asuntos de las campañas en África y las extensas colonias de América, las expediciones constantes a Italia y a Portugal y todo lo que queramos añadir.

Pero no siempre fue así de feliz e “ideal” el laboreo en la **Fábrica** porque hubo épocas duras, los señores maestros espaderos y operarios especialistas cobraban poco y, en momentos puntuales, se dieron de baja en cantidades numerosas que hicieron tambalear la propia existencia de la Institución.

Entre 1802 y 1889 se sabe que la **Fábrica de Armas de Toledo** tuvo un total de treinta y dos directores con empleos que iban desde Tte. Coronal hasta Brigadier y siete Primeros Maestros Examinadores, de carácter civil, entre los que figuraba nada menos que el hábil espadero don Antonio Luna. Lo que merece ser resaltado es que ni de unos ni de otros aparecen sus nombres, marcas o punzones en las hojas de las armas o en cualquier otra parte de manera bien clara y bien a la vista. No era esa costumbre apreciada en la **Fábrica**, antes bien, prefirieron mantenerse en el anonimato sin que en ninguna de sus producciones, destinadas al fin y a la postre a las tropas, se

supieran con absoluta claridad los nombres y apellidos de directores y examinadores.

Sólo como extraordinaria excepción en las guarniciones y vainas que el empresario don G. Benito Ibarzábal, de Vizcaya, mediante contratos al efecto con la llamada Junta Económica, suministró a la **Fábrica** entre 1815 y 1833, figura su apellido marcado con decisión en el galluelo de espadas y sables y muy cerca del brocal de sus respectivas vainas.

Infinitas gracias don Gabriel Benito, esa sí fue una decisión con vistas a dos cosas: a que todo usuario supiera quién era el suministrador (objetivo publicitario) y a que, en el futuro, los estudiosos y coleccionistas (objetivo histórico) bendijeran el encontrar, de vez en cuando, un apellido escrito en un arma blanca de, por ejemplo, la época de Fernando VII y poder clasificarla con absoluta precisión.

Hubo otra excepción. Esta también es de las buenas aunque nos ha llenado de frustración hasta hoy en día. Se localiza en la parte exterior de algunas de las grandes cazoletas caladas de latón de sables de oficial de caballería del llamado modelo 1840, un escrito que reza: "*Fª del Ciego*". A veces le sigue la fecha que suele estar concretada en la década central del siglo XIX.

Pues bien, no hemos sido capaces de descubrir quién estaba detrás de esta inscripción. No hay pistas ni documentos ni noticias de esta misteriosísima Fábrica. Y quede constancia que estas cazoletas están hechas con acierto y calidad, ergo, quien dirigía la recóndita Fábrica sabía lo que se hacía.

Algunos Maestros Examinadores, de entre los siete que ya he comentado, marcaron sólo la inicial de su apellido en la

escondida espiga de la hoja, pésimo lugar para facilitar el trabajo a los historiadores de hoy.

Y que no se le ocurra a nadie andar a martillazos para separar guarda, puño y hoja de una espada o de un sable del siglo XIX por mor de ver si hay o no hay inicial. Sólo conseguirá una de estas cuatro cosas:

1ª: destrozar la pieza. Garantizado.

2ª: imposibilidad de volver a recomponer el arma exactamente como estaba de origen. Otra cosa con garantía.

3ª: no encontrar ni rastro de punzón. Como mucho, alguna rugosidad llena de feo óxido. Disgusto también garantizado.

4ª: y si apareciere algo que medio pueda parecer un punzón, el observador no lo entenderá, se quedará con las ganas y su autoestima, con un sable en las manos partido en tres trozos irrecuperables y el hilo torzal desenrollado y bamboleando por su cuenta, caerá bajo mínimos. Que se sepa, no existe ninguna relación nominal de marcas o punzones indicativos de cada director o examinador. Sólo si aparece una “C”, dentro de un círculo, podrá deducir el destrozador de sables, que esa fue la marca del Maestro Examinador don Julián Cabrera, último del listado de siete, que actuó en la década de 1880.

A veces, hasta dan ganas de sollozar porque los del otro lado de la frontera pirenaica hicieron justamente todo lo contrario en estos complicados menesteres. Allí marcaron, señalaron, aclararon, escribieron nombres y estampillaron apellidos e incluso, a veces, aparece en las hojas la talla del arma y si va destinada a oficial o a suboficial. Todo bien a la vista y, lo que es mejor, dejaron para la posteridad toda la documentación

acreditativa de las citadas marcas. ¡Ah! y, además, disponen de cuadros o fotografías de cada uno de los directores habidos desde principios del siglo XIX.

LA ORGANIZACIÓN FRANCESA

Aquí, como acabamos de ver, es otro cantar. Las cosas se desarrollaron de manera muy diferente a como se hicieron en España. Y no me voy a referir a la calidad del producto final que, al menos por señalarlo, también fue, como en Toledo, de alta calidad tanto en Klingenthal como en Châtellerault.

Francia se regía por otros parámetros en muchos aspectos y no lo fue menos en lo tocante a la dirección de sus famosas fábricas de armas blancas pues, a pesar de compartir frontera con tierras hispanas, sus ideales y sus objetivos siempre fueron diferentes a los nuestros.

Se cuenta por lo bajini que un experto doctor psicólogo, de París, tuvo de estudiar un día, para curación a fondo, la “psique” de un francés paciente suyo que, recién llegado de su estancia de tres meses en Inglaterra, el pobre no había llegado ni a comprender nada de un partido de *cricket* . Hecha la previa preparación, se introdujo en el alma del Monsieur donde fue descubriendo sus más recónditos rincones: descubrió primero un temperamento práctico y extrovertido y un carácter altruista y generoso unido a una entereza bien consolidada. Siguiendo la delicada exploración introspectiva del cerebro y del subconsciente del paciente, el doctor observó también, con gran sorpresa y elevada perspicacia psicológica, la presencia de media caja de Camembert, luego dos bailarinas del Folies-Bergère, seis expresidentes de la República, media línea Maginot, un cuadro de Toulouse-Lautrec, un dibujo

de l'Empereur, una antigua Legión de Honor y una foto de la torre Eiffel.

Diagnóstico final: un gran patriota francés.

Cerró el psicólogo, con éxito, esta primera sesión exploratoria y nunca contó -es lo que se dice- lo que había visto. No quiero ni pensar qué hubiera descubierto el afamado psicólogo si hubiese hurgado en el "interior" de un español de la misma época. Creo que, de la morrocotuda sorpresa y posterior terremoto freudiano, allá, en el mismísimo Museo del Prado, hasta el Conde-Duque hubiera caído del caballo sobre el que lo pintó Velázquez. En fin, que se debe admitir sin acrimonia que somos diferentes y, por ende, las actuaciones también lo son.

Aclarado esto, pasemos al tema que nos ocupa. Francia y España, España y Francia; mismo roce fronterizo pero parecemos, en determinadas cuestiones, de planetas diferentes. Como antes se ha dicho, en el vecino país hubo dos grandes centros productores de armas blancas. Su creación obedeció a los mismos criterios y necesidades españolas: armas blancas de calidad y en generosa prodigalidad.

Ahora bien, ¿quién las dirigía? ¿A quién le pasaron la responsabilidad? ¿Al Cuerpo de Artillería como nosotros? Pues no, en absoluto. Los franceses buscaron empresarios, los mejores y más capacitados, establecieron adecuados contratos y fueron esos personajes, entresacados de los estratos elevados de la sociedad, quienes dirigieron las Manufacturas de Armas Blancas en todo lo relacionado al suministro de materias primas (hierro, acero, maderas, cueros, latones, bronces...), contratos tanto de personal especialista como de aprendices incluyendo alojamiento de todos ellos, organización de fraguas y talleres,

control y reparación de los molinos de agua, herramientas de mano, martinetes, mantenimiento general, oficinas, contabilidad y resto de trabajos relacionados con una dirección a cuyo cargo estaban tantas cosas y tan importantes.

¿Y los artilleros? Porque se sabe que también hubo allí altos oficiales de Artillería ocupando sus puestos de trabajo. Pues sí, los había, pero su cometido no era de tipo empresarial, sino directivo-técnico, es decir, de tipo puramente técnico y de control de calidad. De los artilleros dependía la calidad de la forja de las hojas y de su temple, de su adecuación a los parámetros establecidos y a la reglamentación vigente, de la supervisión de los trabajos de desbaste de cada unidad y pulidos subsiguientes, de la calidad y montaje de la guardas y, en fin, de las preceptivas pruebas de resistencia a que eran sometidas las armas para, al final, declararlas aptas para el servicio requerido.

KLINGENTHAL

Para la Francia de Luís XIV era un problema suministrarse constantemente de armas blancas en Solingen situado, por aquel entonces, en el Ducado de Berg.

Resultó que las cosas de la política (y las guerras) hicieron que la región de Alsacia, con el tratado de Westfalia de 1648 que dio fin a la Guerra de los Treinta Años, quedara del “lado francés”. Luís XIV, todo un Sol, decidió con rapidez montar una manufactura de armas justamente allí, en los nuevos territorios, pues gozaría de dos ventajas: dejar Solingen de una vez por todas y tener una manufactura propia pero, por si acaso había necesidad, tenerla cerca de la frontera. Y como necesidades no faltaron, pues resuelto el problema.

Aunque, eso sí, para dirigir la manufactura se escogió a un empresario especialista de lo mejor que había por la zona. Ése fue un empresario del mundo de las armas, nacido en 1772, llamado Jacques Coulaux, hijo de Julien Coulaux “Armero del Rey” y buen representante de la alta burguesía de la zona.

Cuando Jacques Coulaux (a veces Couleaux) tuvo 29 años le plantearon el tema:

-“¿Desea usted dirigir la Manufactura de Armas de Klingenthal?”

-“Que si deseo... ¿dónde hay que firmar?”

La solemne firma del contrato de dirección de la Manufactura tuvo lugar el *12 pluviôse an IX*, o sea, el 1º de febrero de 1801. En principio, tenía una duración de nueve años pero como que la dirección de la Manufactura resultó perfecta y a gusto del Estado, el contrato fue renovándose automáticamente año tras año hasta 1833 en que la Manufactura dejó de ser Real o Imperial y el Ministerio de la Guerra dejó de ser su directo controlador retirando los oficiales artilleros. No obstante, la familia Coulaux siguió dirigiendo la empresa.

En 1803 la dirección de la Manufactura fue adjudicada a Julien Coulaux, hermano de Jacques, pues éste último pasó a organizar, por mediación del Ministerio, otras empresas siempre relacionadas con el suministro de armas blancas y de fuego al ejército francés.

Todo eso no iba en perjuicio de que el Estado no ejerciera la dirección, enfocada en el control de las calidades de las armas blancas producidas, mediante el hábil concurso de oficiales de Artillería (un coronel y tres capitanes) que trabajaban y vivían en

la misma Manufactura en dependencias expresamente destinadas a ellos.

La saga de los Coulaux, como directores de la Manufactura de Klingenthal, pasó de padres a hijos y se extendió hasta bien entrado el siglo XX. No obstante, la dinastía Coulaux tuvo bien presente una cosa, que su firma, es decir, el apellido familiar o razón social debía figurar siempre bien estampado en las hojas de las armas blancas de su producción. Así, a tenor de los tiempos, podemos encontrar las “marcas” **COULAUX FRÈRES; COULAUX AÎNÉ et Cie** o bien **COULAUX et Cie** que figuran junto a las expresiones tipo “*Manufacture Imperiale de Klingenthal*”, “*Manufacture Royale de Klingenthal*” o “*Manufacture de Klingenthal*” entre otras.

Por si todo eso fuera poco, se solía añadir la fecha de la fabricación y, a veces, para mayor concreción, la palabra FRANCE o las letras **SA** que indicaban que la espiga de la hoja era de acero (en francés Soie Acier) o **SF** indicando que la espiga era de hierro (en francés Soie Fer)

Conclusión: más exactitud, rigor y precisión que la hora que dan los relojes del Observatorio de Greenwich.

CHÂTELLERAUT

Alguien escribió una vez que la dulce Francia se divide en dos campos: “*los funcionarios, que aseguran estar siempre postergados y tratados a baqueta, y los no funcionarios, que pretenden que todo el mal procede de los funcionarios*”

En esta segunda Manufactura que trato, no fue asunto funcional sino, como el anterior, empresarial. A comienzos del siglo XIX Francia disponía, entre otras, de la importante

Manufactura que acabamos de exponer. Pero resultaba que la sede de esta inmensa fábrica estaba en el pueblecito de Klingenthal, justo en los límites fronterizos con Alemania, siempre cambiantes, cosa que la exponía constantemente a ser fácilmente ocupada por el enemigo.

Llega el año de 1816 con Napoleón desterrado en Santa Elena, el rey Luís XVIII en el trono y las necesidades de armamento, como siempre, muchas e imperiosas. Ante esas circunstancias, se decidió montar una nueva manufactura alejada de las fronteras norte y nordeste para situarla mucho más al centro del país.

Entonces aparecieron dos cuestiones fundamentales: ¿dónde hay un lugar con un buen río caudaloso que sirva como fuerza motriz? ¿Y dónde, además, encontrar una villa cuyos habitantes estén especializados en la fabricación de cuchillería para poderlos absorber en la nueva Manufactura?

La cosa no fue fácil, pero se consiguió. El río fue el Vienne, poderoso y caudaloso afluente del Loira y la villa escogida fue Châtellerault de cuyos habitantes se decía eran industriosos, activos, expertos cuchilleros, educados y con sentimientos. Vamos, lo que se llama un golpe de fortuna en el corazón de Francia justo al norte de Poitiers.

Y, en el colmo de la perfección, resultó que el alcalde de la villa era un tal **Agustín Creuzé**, personaje de alto copete y muy decidido empresario el cual, previas negociaciones, tuvo la feliz ocurrencia de convencer al Consejo Municipal para que se adquirieran los terrenos necesarios y regalárselos al Estado. ¿Hace falta decir que el Gobierno Francés estuvo encantado del ofrecimiento?

Pues bien, el 26 de septiembre de 1817, se firmó el papeleo y empezó la preparación y construcción de la Manufactura que, lógicamente, dada su complejidad, tardó algunos años. En el ínterin, alguien con buen juicio, dijo: Oigan, los felices habitantes de esta villa, los châtelleraudains, ¿saben realmente trabajar el acero como para forjar espadas y sables de calidad? Que eso no es lo mismo que fabricar navajas y cuchillos.

Pues no, no era lo mismo, y acto seguido, les pusieron un examen tipo “selectividad ” para ver quién podía ser admitido en la Manufactura y quién no. La prueba consistió en hacerles forjar 1000 sables de Infantería modelo 1816, 1500 palas y 500 hachas de Artillería. ¡Ah! y que salieran al mismo precio que los de las manufacturas veteranas existentes incluyendo Klingenthal.

Los profesores examinadores fueron traídos, precisamente, de Klingenthal: un capitán, un revisor, un forjador y un afilador escogidos entre los más hábiles. ¿Y qué creen ustedes que pasó? Pues lo que tenía que pasar, que los ciudadanos de Châtellerault pusieron alma y corazón pero trabajando unidad por unidad y con las muelas de sus modestos talleres movidas a mano y eso, claro, nunca podía salir al mismo precio a que salían las armas blancas en Klingenthal.

El examen fue un fracaso y la fabricación de lo indicado suspendida. Pero los obreros admitidos. Poco a poco las inmensas instalaciones de la Manufactura empezaron a tomar cuerpo. Había que buscar un empresario que aportara conocimientos, gestión y capital y, al mismo tiempo, un director, oficial del Arma de Artillería, para la dirección técnica.

Empezaron por los empresarios Messieurs Pihet Frères los cuales, a sus expensas, construyeron unos inmensos talleres.

Añadieron, mediando su buen hacer, talleres para carpintería y buenos hangares para almacenaje de maderamen, carbón y muelas de pulir. En 1838 la Manufactura ocupaba más de 113.000 m² de los cuales 10.000 m² eran de estructuras cubiertas.

Esto funcionaba. Era la niña de los ojos del Estado. Un centro de aprovisionamiento de armas de primera categoría. Entonces, finalizado el contrato con Pihet Frères, apareció el elemento que faltaba para acabar de redondear el tema. La popular familia de empresarios **Creuzé** antes citada. Los responsables estatales acababan de acudir a lo mejorcito de la zona en cuanto a capacidad de organización y funcionamiento.

Los Creuzé eran una de las grandes familias rico-burguesas de la zona y grandes negociantes desde el siglo XVII. Unos fueron joyeros de la Casa Real, otros ocuparon cargos en alcaldías, prefecturas y diputaciones y llegaron a fundar y dirigir bancos y otras empresas.

La Manufactura de Châtellerault participó en la Exposición Universal de 1855 con marcado triunfo justamente cuando el empresario era **Jules Creuzé**. Y este monsieur no se recató en absoluto de que en los sables producidos durante du mandato figurara bien a las claras su nombre y apellido junto a los punzones de los examinadores y controladores. Eso es, entre otras cosas, lo que diferencia la producción española de la francesa en el siglo XIX.

Conozco, en nuestro vecino país, varios historiadores, autores de libros y expertos coleccionistas que se sienten sumamente felices, dentro de los esquemas que ellos, pícaramente y con sonrisa añadida, han llamado siempre “joie de vivre”, de poder

conocer quiénes fueron los artífices, en el siglo XIX, de los sables (en Francia todo son sables independientemente si la hoja es recta o curva) que conservan y estudian porque la información viene perfectamente “adosada” al arma en sí.

Vaya suerte tenéis chavales, así ya podréis... menuda ventura.

Y nosotros aquí, haciendo de mangas capirotas y comiéndonos el sombrero por saber quién o quiénes intervinieron en un arma blanca en concreto. La felicidad gala es la que envidiamos un poco los que nos esforzamos constantemente para encontrar información que, o no existe o, de existir, está perdida en no se sabe dónde, si no es que se perdió definitivamente hace años.

Pero si queremos mortificar un poco (sólo un poquito, no crean) la alegría francesa y pulverizarles algo su facilidad de conocimiento e información, habrá que señalar un par de aspectos que les perturban de verdad:

1º: Las falsificaciones “Made in France”. Esa es una plaga que no tiene antídoto ni vacuna. Ahí está instalada la pandemia de los logreros de siempre, los que inundan el mercado de adulteraciones y remedos, los mercachifles de lo falso, provocando a placer y creando en los novatos (y no tan novatos) muchas dudas, incertidumbres y vacilaciones no siempre resueltas con facilidad.

Este es el azote que perturba el orden normal de las cosas. Para descubrir un punzón de pega, una marca no correcta, una rara referencia escrita en una hoja supuestamente auténtica, una guarda en la que “no todo es suyo”, una vaina no correcta, un remache de monterilla poco cristiano o un puño y un torzal mixtificados, hay que ser águila veterana y eficaz exégeta de escrituras antañonas. Y de esos especialistas en detectar

adulteraciones y engaños ¿los hay en Francia? Pues sí, existen como existen en España, y también son de los buenos y de fiar. Les ha costado años de paciencia y trabajo poder distinguir lo bueno de lo amañado y embustero, pero, a la larga, vale la pena haber hecho el esfuerzo. Además, les encanta ser tomados como oráculos. Ellos son los gigantes de la verdad oculta en unas letras alevosas o en un fermentido punzón aparecidos en una hoja de sable. Si, además, poseen capacidad pedagógica e interés en descubrir a los impostores, todo parece volver a su cauce natural. Lo explican, lo escriben, hacen artículos y editan libros. ¡Ah! y, en ocasiones, también se equivocan porque son humanos.

2º: Las falsificaciones no francesas, es decir, “Made in más lejos”. Tan lejos como procedentes de diversos países en uno de los cuales hubo, en tiempos, “británicos pabellones lejanos” y que trasladan a Europa, o donde sea, sus productos con unos resultados que demuestran, ciertamente, gran habilidad, pero irremediablemente falsos. Han aparecido en el mercado europeo cantidades prodigiosas. En catarata. Y los historiadores y coleccionistas han de estar muy ojo avizor para descubrirlas y, por ende, rechazar la espada o sable de esta lejana procedencia por mucho que te la ofrezca, con disimulo, un listo comerciante de antigüedades. Existen procedimientos y sapiencias de “veterano fogueado” bastante rigurosas y fiables que permiten saber cuándo un marcaje (y otros detalles) es bueno o cuándo es falso.

Y si el “descubridor” de estas imposturas es, como antes he indicado, un buen comunicador y escribe artículos y libros, pondrá de relieve, ya se está haciendo, estos temas de

falsedades y la forma adecuada de detectarlas con cierta seguridad. Gracias les sean dadas.

Acabo de escribir “cierta seguridad” no seguridad total. A veces tienen los franceses grandes dificultades en distinguir lo verdadero de lo tramposo porque cada vez hay que hilar más fino en este menester pues, no nos engañemos, los fabricantes de “piezas antiguas” también hilan fino para que cueste detectar sus productos.

Y otra cosa. Tampoco se puede destapar públicamente, en libros y artículos, el modo de descubrir, al cien por cien, las falsas piezas con todos sus errores, porque sus autores también leen y podrían andar prestos en rectificar los errores que se les han descubierto.

Reconozcamos que en España también existen falseadores, ya lo creo que existen. Modifican, funden, recomponen, adulteran y reproducen para, luego, intentar vender sus contrahechuras como antiguas y originales.

Pongo punto final a todas estas notas con una anécdota que anda escrita en más de un libro y que es definitoria del carácter y modo de ser de nuestros convecinos los franceses:

Si un día un uniformado oficial de la Guardia Presidencial Francesa, bajando las escaleras del palacio del Elíseo, se rompe el peroné por habérsele enredado la pierna con su sable, no es noticia que vaya a ser publicada y no se hablará de ello.

Pero si cae enfermito *Titou*, el perrito de la *influencer* de moda, ya tenéis a todo París llorando a moco tendido por haberlo visionado en todos los programas televisivos “del corazón” y en todas las páginas de la “prensa rosa”.

Es decir, exactamente igual que aquí, que en esto somos idénticos.



Este es un sable francés del modelo de 1822 para caballería ligera forjado y montado en Châtellerault cuando dirigía la Manufactura el empresario Jules Creuzé.



Detalle del marcaje en el lomo de la hoja del sable anterior. Podemos ver claramente cómo el citado empresario gustaba de poner su apellido en estos sables.

También muchos otros lo hicieron como, por ejemplo, Félix Escoffier de la Manufactura de Saint-Étienne, Joseph François Manceaux de Versailles, Duc de París...

No ha mucho que el experto francés Jean J. Buigne publicó un libro muy completo titulado "*Le qui es qui de l'arme en France*" donde, con concienzuda exposición y en orden alfabético,

aparecen infinidad de espaderos particulares (en Francia llamados “fourbisseurs”), personal directivo y controlador de las manufacturas, cuchilleros, montadores, inventores, fabricantes y suministradores. Una gloria de más de 370 apretadas páginas que me consta está muy consultada por historiadores y estudiosos.

Entre nosotros tenemos el muy meritorio trabajo que realizó el amigo Juan L. Calvó titulado *“Noticia de fábricas y personajes relacionados con la producción de armas blancas, 1750-1950”*. Otra gloria de la que imaginamos el esfuerzo que tuvo de hacer el autor, dado la carencia de documentación y los vacíos de información tan onerosos en España.



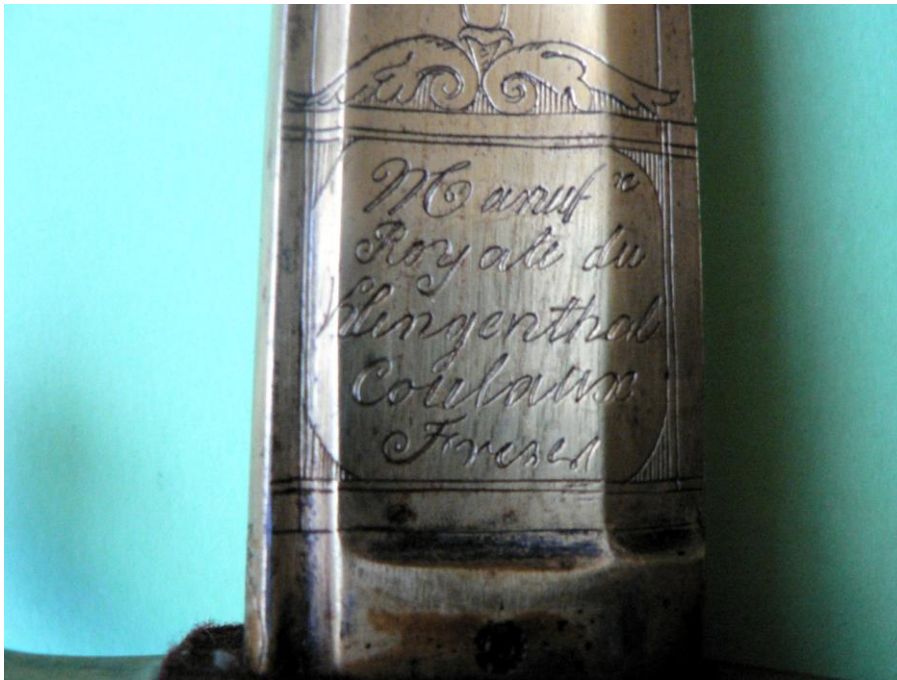
En el colmo de la clarificación incluso más de un grabador y dorador también gustaban que apareciera su nombre en algún lugar destacado como es este caso.



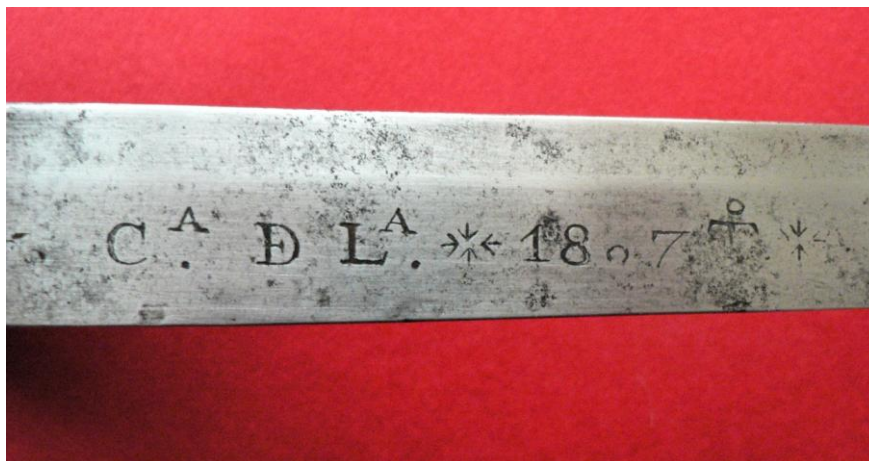
Ahora podemos observar muy de cerca una de las primeras marcas, muy cuidada, de los empresarios Coulaux situada en la bigotera de un sable para oficial de Dragones.



En el mismo sable, lado contrario, aparece, con la misma elegancia, la razón social de la Manufactura.



Otra de las marcas de la familia de empresarios Coulaux



Inicial marcado informativo de la Fábrica de Toledo, en una cara de la hoja de una espada de principios del siglo XIX: **Caballería de Línea * 1807 * T** (Toledo)

Ante este derroche de información, tan de apreciar, sólo faltaba un detalle final: unos buenos punzones personalizados del director y del veedor o controlador ambos bien a la vista y con constancia documental para los futuros historiadores.

Tal vez quepa argumentar, ante esta ausencia, que por ser el director y resto de controladores y supervisores personal militar en activo, no creyeron prudente que figuraran sus distintivos personales y mucho menos sus nombres y apellidos.



En la otra cara: **R * Cs IV *** (R propiedad real. Carlos IV)

Con lo poco que hubiera costado (supongo) que en Toledo se hubiera mantenido, en todo el siglo XIX, la excelsa tradición del siglo anterior de marcar las hojas con todo detalle incluyendo la marca de “propiedad real”, monarca reinante, fecha, lugar de fabricación y destino del arma. Una delicia.

A cambio, y como contraste espectacular, nos hemos de conformar con que en algunos sables de oficial de caballería de las épocas Fernandina e Isabelina, de muy correcta manufactura, no aparezca marca alguna en ninguna parte. Ni tan solo la palabra ARTILLERÍA.

Desierto intelectual total si obviamos algunos (muy pocos) ejemplares de sable en los que, por regla general, se situaba en el pequeño rosetón del galluelo, y muy en diminuto, el nombre del “montador particular”, es decir, de la tienda de efectos

militares que montó y vendió el objeto, no que forjaran la hoja. Entre ellos podemos citar a L. Boreti, J. Martín y poco más.

Imaginen la alegría del estudioso cuando en un arma blanca del s. XIX aparece, en una cara de la hoja, la clásica leyenda de “**Artº Fº de Toledo**”, en la otra cara “**Año de 1862**” que, justo es decirlo, es cosa normal, pero que en el galluelo, u otra parte, también se pudiera leer el nombre del propietario de la tienda de material militar que vendió el arma.

Y si, además, en la hoja, aparecieran adecuados punzones o referencias a forjadores y examinadores y se tuviera evidencia documental de los mismos, el júbilo y los aleluyas del descubridor serían tan fuertes que mereciera, desde Roma, que el Santo Padre lo declarara medio beato a perpetuidad.